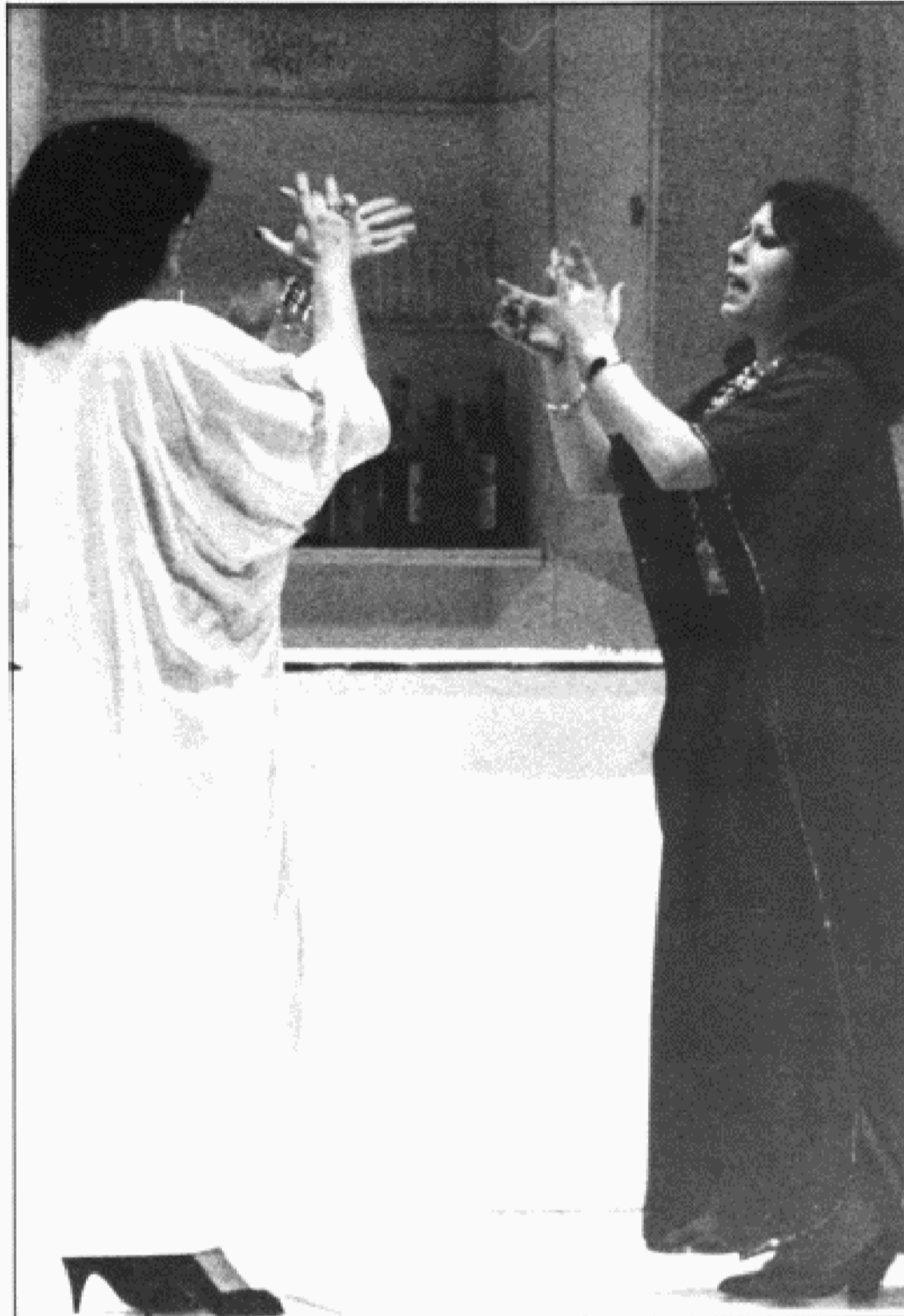


último proyecto. Se le ocurrió —o mejor dicho, le ocurrió realmente— el otro día, cuando paseaba por y se rebozaba en su viejo Madrid, en Lavapiés; calle Calvario.

—"Justo allí, donde nació Luis Candelas, me di de bruces con una pintada preciosa, enorme, memorable. Decía así: "Luis Candelas, ¡vuelve!". Y en esas ando: escribiendo una novela teatral por entregas, que se titularía *Soy madrileño* y que trata de aquel Madrid del XIX, con sus pestes y sus masonerías, y de aquel personaje, que elevó el robo a la categoría de arte y que por eso, por pura envidia de los poderosos, terminó en una muerte tremenda. Porque sabía robar bien y con gracia y no como los que están en el poder".

Así como suena lo dice —confundiendo con intención los tiempos del relato, porque Rodríguez Méndez cree en la historia como hipótesis imprescindible del presente— y no se enmienda un ápice. Ese es el Rodríguez Méndez de siempre: contundente, directo, esgrimiendo —cual un "noventayochista"— la historia, incluso a contrapelo. "Quisiera —escribía él mismo allá por el año 67— que cada conclusión lógica, susceptible de desprenderse de mi obra, fuera un bofetón rotundo que extirpara los dientes de muchos sinvergüenzas". Y si tú le preguntas ahora si ni siquiera la España de los últimos años le ha hecho subir en algún grado su optimismo, te dice que no:

—"No he visto ningún cambio político importante, sino retoques mínimos y casi fugaces. Entre tanto, el vivir y el hacer



Escena de "Sangre de toro".



Iberismo y testimonio.

algo positivo... y el morirse sigue siendo un problema muy difícil. Eso es lo que yo veo. Lo demás son matices para eruditos".

Desde luego, la vida de José María Rodríguez Méndez, incluso si se lee de corrido, deja como un regusto a cosa difícil, a historia a contrapelo que hubo de abrirse camino a fuerza de perseverancia, de sacrificio y de mamporros. Como escribía Monleón hace años, "la vida de Rodríguez Méndez discurre por cauces de lucha, en penumbras, arrojado a sus pocos amigos, con los problemas de un autor combativo y el plus problemático, nada desdeñable, de un escritor castellano incrustado en la vida cultural catalana".

Su biografía —real como la vida misma— hace de él un licenciado en Derecho, opositor frustrado (como aquellos sus *Inocentes de la Moncloa*), vagabundo de redacciones de periódicos y revistas, crítico de teatro y televisión, viajero impenitente... y hasta teniente de la Legión. Porque Rodríguez Méndez —seguramente por el aquél del cocido familiar— se reenganchó una vez en el Ejército y, no sólo no disimula, sino que presume de aquel tiempo:

—"Eran malos momentos aquellos —recuerda— y firmé contrato como alférez de las milicias universitarias. En Valladolid ascendí a teniente y con este grado estuve en Monte de la Reina, en Melilla, en el Tercio Gran Capitán de la Legión, en la pequeña guerra de Ifni e incluso, como comandante accidental, en las Chafarinas. Luego ya lo dejé, pero sólo puedo decir que me trataron muy bien. Tenía poco trabajo; en consecuencia podía dedicarme a escribir... y acaso por esto mismo, por ser escritor, los militares siempre me respetaron mucho. ¡Si fueran así los editores! Pero editores ha habido que me han sacado la sangre."

Así es que la milicia, para Rodríguez Méndez, es un territorio agradecido y no resulta nada casual, pues, que su obra esté plagada de personajes con uniforme...

—"Sí, sí, es verdad. Y es curioso: mira que se han hecho ya tesis sobre mi teatro y tal, pues bien, nunca ha tenido nadie la buena ocurrencia de hacerla sobre la presencia de los militares en mis obras. Desde luego no son ya aquellos tipos heroicos del siglo de Oro y del Romanticismo —que son las dos épocas en las que el militar alcanzó su mayor protagonismo teatral— sino gentes significativas por su carga humana".

La tozudez de un "teatro inviable"

Sin ir más lejos, ese es el meollo central de *Vagones de madera*, su primer texto teatral, o cuando menos el primero que mereció los honores del estreno (1959) en Barcelona, donde José María había vuelto a radicarse tras su paréntesis militar. *El milagro del pan y de los peces*, *El auto de la donosa tabernera*, *Los inocentes de la Moncloa*, *El*

ta con haber demostrado lo que somos!, ¡nuestro arte, coño!, ¡nuestra sangre y nuestra raza! Vosotros estáis ¡podridos!, ¡podridos!"

El público siguió la peripecia con atención, riendo y aplaudiendo una pieza con ritmos de espectáculo popular, tragicómico, en el que los tres personajes centrales —Vicky Lagos, Natalia Duarte y Javier Loyola— se entregan a un ejercicio de interpretación sin tregua. Actuación sobre unos tipos —los folklóricos— ya muy teatrales, que incluyen canto, baile y momentos de ansiedad y ternura, de violencia y amargor, para un libro intencionadamente melodramático.

Todo transcurre en el plazo de tiempo que coincide con el de la acción teatral. Salvo la elipsis del "espectáculo" en el que el grupo de canto participa, todo está a la vista. Por ello, el apoyo de un espacio escenográfico de cierto aparato, de Carlos Marco; la coreografía, de Julia Grecos; luces, José Miguel López Sáez, y música propia para *Sangre de toro*, de Miguel García Velasco.

La idea de una interpretación brillante, de efecto, fue subrayada por el público y la crítica. Vicky Lagos y Natalia Duarte, cantando y bailando, eran una especie de grata sorpresa para un público que no recordaba esa faceta del trabajo de las dos actrices. Vicky Lagos, sin embargo, afirmaba ser buena conocedora de los tipos de Rodríguez Méndez. A lo largo de su carrera había incorporado personaje de *Historia de unos cuantos* y de *Bodas que fueron famosas del Pingajo* y la *Fandanga*, convirtiéndose casi en una especialista del autor madrileño.

Un teatro sardónico

Humor amargo, pesimismo, visión desencantada de España, *Sangre de toro* se inscribe en la obra de José María Rodríguez Méndez como una pieza crítica, que sale al paso de un cierto optimismo social ante la Europa que nos abre las puertas. Es, sin duda, un texto de ocasión en el que el autor proclama claramente su rechazo ante el mercado europeo. Y es una proclama visceral, sin demasiados matices, utilizando una parábola tangencial, no una argumentación. *Sangre de toro* es una réplica del corazón, no de la razón. La vieja amargura generacional se vierte ahora ante la nueva situación española.

Por lo demás, la obra insiste en los elementos del estilo del mejor teatro de Rodríguez Méndez. Su admiración por los géneros populares, por el género chico. Su piedad por los tipos marginales en los que se pone sus hallazgos de lenguaje, su habilidad para crear, de un brochazo, ambientes y comportamientos humanos dentro del melodrama y la denuncia.

Sangre de toro, enlaza con lo que Martín Recuerda llamaba "iberismo". "Testimonio", "intransigencia", son palabras que se emplearon en algún momento para definirles. Siguen siendo útiles.

BITTER-KAS

EL TOZUDO REALISMO de Rodríguez Méndez

Vagabundo de muchas cosas y de muchas latitudes, José María Rodríguez Méndez, un viejo nadador contra-corriente, ha vuelto a su patria chica: Madrid. ¿Por qué?. Porque "hay que estar en Madrid", razona él, justo en el momento en que teóricamente está quebrando el centralismo. Vuelve con 60 años de andadura difícil, con más de 30 de dramaturgo marginado y bronco, pero aún con la testuz erguida, con moral alcoyana, empecinado en encontrar en el teatro un resquicio para entonar su grito...aunque sea ininteligible.



Rodríguez Méndez: "Hay que estar en Madrid...". (Foto: Chicho).

J. L. V. M.

Después de un rato largo de conversación con él, es difícil saber si Rodríguez Méndez es un tipo que va, o un hombre de vuelta. Seguramente está en ese punto de sazón, en esa edad, en la que pasado y futuro se sobrellevan con la sabiduría del relativismo. Y tiene derrotas broncos, juveniles, iconoclastas... y luego como una pátina ya de resignación o de incredulidad.

Pero bien pensado sí, es un hombre de vuelta. Después de

toda una vida en alguna diáspora ("es un exiliado por vocación y un malhumorado por ética", escribió de él María Aurelia Capmany). Rodríguez Méndez ha vuelto a su patria chica, Madrid. Y no le preguntes demasiado por qué, porque José María se despachará simplemente con una tozudez/lucidez valleinclanesca (al estilo de aquel "Hay que volver a París" que mascullaba Max Estrella en su última noche de bohemia).

—"Hay que estar en Madrid". Escuetamente así contesta hoy Rodríguez Méndez y es mejor que no caigas en la tontuna de conectar sus argumentos con la moda publicitaria ésa de la "movida" y demás inventos derivados. "No, ésos son folklorismos", apenas epidermis que no le interesan lo más mínimo. Falsos, probablemente, como lo demuestra el hecho de que Rodrí-

guez Méndez no sienta necesidad alguna de redescubrir Madrid. Conoce Madrid desde la cuna (1925), hasta la guerra (en 1939 se marchó a vivir a Barcelona), y ahora mismo piensa que "las transformaciones que ofrece Madrid apenas son superficiales. La historia aquí es muy fuerte y sigue gravitando sobre el presente de un modo palpable. Basta añadir un poco y enseguida aflora la sustancia que hay debajo: la realidad de un pueblo que ha vivido mucho, que ha soportado y sufrido mucho. Y ese mundo, esa situación sigue estando ahí, muy postrada, muy muerta, muy inerte... aunque puede resucitar, claro".

"Luis Candelas, ¡vuelve!"

Y entonces, a título de ejemplo acaso, cuenta José María su

círculo de tiza de Cartagena, La vendimia de Francia, La trampa, La batalla de Verdún, El vano ayer, Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga, Historia de unos cuantos, Flor de Otoño... y ahora Sangre de toro son los títulos que Rodríguez Méndez, con más sudor que lágrimas, ha logrado ver encaramados sobre las tablas en sus casi treinta años de dramaurogo. Pocos acaso para un bregador como él; demasiados, posiblemente, para un tipo no muy dado a las concesiones, "incapaz de escribir bien sobre algo que no sienta" y empeinado en su oficio testimonial por más que desde el primer momento se haya autoconvencido que lo suyo es poco menos que "un teatro inviable".

Hace unos años el propio José María escribía un juicio crítico, que no dolorido, sobre su propio caso, "un caso, desde luego, triste y un poco romántico. Un teatro que, de cualquier manera, dentro de la organización de nuestra sociedad, está condenado a perecer sin remedio".

Por eso esta mañana, cuando en una vieja cafetería de cómicos de la calle Príncipe, le recuerdas a Rodríguez Méndez que, sin embargo, su nombre figura en los libros de historia del teatro español, confiesa que es una cosa que "le asombra y le da pánico"... y con su cara de antihéroe, a la pata la llana, sin otra arrogancia ni presunción que su realismo de cabezota, se reafirma en sus viejos principios.

—Dicen, le digo, que sigues escribiendo sin pensar en que tus obras se estrenen o no.

—"Por lo general, sí. No suelo pensar en el estreno. Y es más: cuando lo he hecho, ha salido mal. Eso no quiere decir que no haya aceptado nunca hacer cosas de encargo (como el *Oratorio de Teresa de Jesús* y alguna más), pero lo normal en mí es que no me asuste meter en una obra a 30 ó 40 personajes, capaces de echar para atrás a cualquier empresario al uso. Y eso explica que si alguna de mis obras ha podido llegar a un escenario normal, haya sido poco menos que de "chiripa".

Como una bomba de relojería

En realidad, el problema de Rodríguez Méndez, según los entendidos, tiene más calado, un grado más de desconsuelo, que el que el propio autor está dispuesto a pregonar. Su marginalidad forzosa es un dato más para abonar su pesimismo (y acaso el nuestro) y, en definitiva, esa su vieja concepción —la de Valle, la de Machado— de una historia de España doliente y permanente todavía, según él. Vamos a ver.

—A José María Rodríguez Méndez se le ha encasillado, sin demasiados esfuerzos además, en ese totum-revolutum llamado generación realista, ¿no?

—"A mí con tal de que me llamen autor, me da igual. Así es que me vale lo de realista. Desde luego lo que está claro es

que yo no soy ni un simbolista ni un vanguardista."

—Luego, ya más específicamente, se ha dicho que tu teatro es un intento perseverante por dar con la piedra filosofal de un "teatro popular", esto es, anti-burgués.

—"Puede ser, puede ser. Yo ante todo busco público y preferentemente a aquél que no va al teatro, aunque también me gustaría tener ese otro público de señoras que tienen otros autores. Yo no las tengo, pero bueno, esas señoras al fin y al cabo van al teatro. Y como para mí el problema más grave del teatro es que la gente no va a él, es decir, esa gente que no va, pues a lo mejor eso quiere decir que

Méndez —se ha escrito también— "es otra víctima inocente de esa búsqueda de un "pueblo" que, como tal, ni existe políticamente ni es destinatario regular del teatro." De ahí su tono de crispación, de vehemencia: porque, aunque a la larga pueda funcionar como una bomba de relojería, es un teatro que nace consciente de que será derrotado de antemano.

Y no es cuestión de que Rodríguez Méndez sea un tipo exquisito ni tendente a ponerse estupendo, sino todo lo contrario. Con tal de llevar el agua a su molino (el teatro al pueblo, quiero decir), José María toca todas las teclas, como buen posibilista. Y si ahora mismo le pre-

no, por Dios, "yo he estado siempre metido en todos los cotarros posibles". Y entonces será imprescindible referirse a aquella aventura —ya leyenda— de La Pipironda de principios de los sesenta, "una locura muy grande", dice él, en la que Rodríguez Méndez se enroló de hoz y coz como autor —e incluso actor— de obritas directas, festivas, obras de enganche para llegar por la vía rápida al público de los barrios de Barcelona o de las minas asturianas. ¡Qué tiempos!

Pero José María —ya digo— permanece más o menos incólume. Tanto que ahora mismo su única profesión es el teatro. Dadas las circunstancias, (las suyas sobre todo), la cosa puede sonar a heroica y no puede menos que preguntarle si tal empeño le da para comer. Bueno, pues parece que "va tirando". Trampeando. Que si unas cuantas migajas por derechos de autor, que si dos o tres conferencias en USA, donde pagan muy bien; que si una adaptación de *El veneno del teatro...*

El, obviamente, lo lleva en la sangre y en ese medio es feliz, asegura. Sólo le preocupa una cosa: "que con el teatro está pasando ahora mismo lo que ocurría con el fútbol en tiempos de Franco: que parece que quieren convertirlo en un arma política, en un escaparate. Pero también esto pasará y el teatro no va a morir jamás".

Entre tanto, Rodríguez Méndez sigue acariciando proyectos. Luis Candelas a parte, el más interesante de momento es esa Compañía de Teatro Español Contemporáneo, que, a la sombra de la concertación, está perfilando con intención de solidez y estabilidad González Vergel. En ella Rodríguez Méndez iría de dramaturgo fijo y para abrir boca estrenaría su texto más reciente —"una obra muy fuerte", dice José María—, que lleva por título *La marca de fuego*. Y está por ahí, de plaza en plaza hasta poder encontrar una en Madrid, *Sangre de toro*, un título que Vicky Lagos desea aprovechar también para bautizar con él a la compañía que lo representa y que pretende sobrevivir más allá de esta obra.

—"Así es que, como ves, hay cosas por hacer," dice José María.

Y entonces, malévolo o inocente, puedes tirar de archivo y recordarle a Rodríguez Méndez un viejo párrafo suyo, escrito a poco de terminar *Los quinquis de Madrid* (una obra inédita aún, por cierto). Se lo leo:

"Desde *Vagones de Madera* hasta *Los quinquis de Madrid*, he querido gritar. Y me han tapado la boca una y otra vez".

—"Bueno, sí; antes, cuando Franco, con la censura. Ahora también, con los condicionamientos económicos que imperan en el teatro, por ejemplo. De cualquier manera siempre hay un resquicio para lanzar algunos gritos, aunque sean casi ininteligibles, sofocados... aunque sean gritos de ahogo."

Y apuró el último trago de su bitter-Kas.



El autor sigue acariciando proyectos.

lo que ando buscando es un teatro popular. Quizá. De cualquier modo y aunque suene a tópico y a vulgaridad, lo que yo intento es que el teatro sea un espejo formante o deformante —eso me da igual— de una realidad, con el que la gente se sienta identificada... y sufra y ría o lllore. Y eso sí, escrito con una cierta calidad."

Osea, que si se mira la parrada al trasluz, cabe empezar a comprender aquel dicitario que los entendidos le aplican al "teatro popular" de Rodríguez Méndez, necesariamente marginado por nacido a contramano, como los esperpentos de Valle, por ejemplo. Es más: Rodríguez

guntas por sus abrevaderos, te citará, claro está, a los clásicos del siglo de Oro y a Valle y a Machado, pero no tendrá ningún empacho en hablar de inmediato de los saineteros del XIX (de don Ramón de la Cruz, Gonzalo del Castillo), de los maestros del género chico, de Arniches, de Benavente... Todo vale, aunque casi todo resulte insuficiente.

Siempre hay un resquicio para gritar

Sea como fuere, José María es cualquier cosa menos un hombre que haya perdido la fe. No le preguntes, pues, si se siente solitario, porque te dirá que